

# **EL ORDEN MUNDIAL DE LA "GUERRA FRÍA"**

## **Realidades e ilusiones estratégicas entre 1945 y 1989**

*Cristian Buchrucker*

### **1. Dimensiones de la "Guerra Fría"**

En las páginas siguientes utilizaremos las expresiones "orden mundial" o "sistema" para designar al mismo conjunto de fenómenos. Para los propósitos de esta investigación no tiene sentido profundizar la polémica en torno al concepto de sistema, salvo para señalar que aquí los términos mencionados se entenderán como designando una totalidad de relaciones interdependientes, constituyendo las partes más importantes de esa totalidad los Estados y siendo los resultados emergentes de esas relaciones diferentes a las expectativas e intenciones de cada una de las partes. Si por "viejo" orden mundial se entiende el perfil de las relaciones internacionales hasta fines de la década pasada, resulta adecuado referirse al mismo como "era de la Guerra Fría", aunque de esa manera no están aludidos todos los problemas que la integraron. La guerra fría se manifestó como un elevado (aunque oscilante) nivel de hostilidad entre las dos superpotencias -EE.UU. y la URSS- dándose diversas facetas en esa confrontación: la ideológico-

propagandística, la diplomática, la económico, la formación de bloques militares, el espionaje y la carrera armamentista. Pero además de eso, los principales antagonistas y sus aliados se involucraron en choques armados, cuyo escenario fue el Tercer Mundo<sup>1</sup>.

*Una primera dimensión* para la caracterización de los ejes conflictivos de esa época esta dada por la esfera político-cultural (o ideológica). La Unión Soviética y los Estados Unidos se percibían como portadores de un tipo de sociedad y de cultura con validez potencialmente universal, constituyendo justamente la pretensión del otro el obstáculo decisivo para la realización efectiva de dicho potencial. Más allá de una multitud de temas concretos que daban motivo a desacuerdos, esta perspectiva básica tendía a esterilizar los intentos de llevar las relaciones entre las superpotencias a un plano de mayor normalidad. Reflejo de esa situación son las palabras del viceministro soviético de Relaciones Exteriores Litvinov, referidas por un interlocutor norteamericano en junio de 1946:

"Acerca de la situación internacional, Litvinov dijo que las perspectivas eran malas, y que según su parecer, las divergencias de opinión entre el Este y el Oeste ya se habían profundizado demasiado como para poder armonizarlas. Preguntado por la causa de eso, respondió que para él la verdadera causa era la concepción aquí [en Rusia] predominante, según la cual era inevitable el conflicto entre los mundos comunista y capitalista"<sup>2</sup>.

---

1 Para el concepto de "sistema" en las relaciones internacionales, ver GADDIS, J.L., *The Long Peace, Elements of Stability in the Postwar International System*, en "International Security", Primavera 1986, vol.10, N° 4. Para la definición de "Guerra Fría", ver HALLIDAY, F., *The Making of the Second Cold War*, London, 1986, Cap.1.

2 Cit, en NOLTE, E., *Deutschland und der Kalte Krieg*, Stuttgart, 1985, p. 182

Los medios masivos de difusión siempre centraron su atención en esta gran confrontación de los "mundos" o "estilos de vida". Pero lo cierto es que también existieron por lo menos *otras dos tensiones* de no menos importancia para una porción muy considerable de la humanidad. Ante todo se daba el hecho de que la compleja trama de las identidades socioculturales de muchos pueblos tampoco podía ser reducida a una simple identificación con el "modelo" norteamericano o soviético. Los universalismos militantes que se escondían detrás de fórmulas tan amplias como "capitalismo" y "comunismo" o "Este" y "Oeste" eran también terribles simplificadores, cuyo reduccionismo amenazaba, por caminos ora directos, ora sutiles, el derecho de todas las sociedades humanas a construir su futuro sobre la base de su propia experiencia histórica, sus pautas de conducta y sus valores distintivos. Si esa era una cuestión particularmente crítica para los pueblos recientemente descolonizados, se daba finalmente otra que atravesaba la totalidad de las relaciones e instituciones políticas y que tampoco podía ser explicada o resuelta acudiendo al simplismo dualista de la Guerra Fría. Se trataba de la tensión entre el principio de la legitimidad democrática, ruidosamente invocada por todos a partir de 1945, y ciertas pretensiones de trasfondo tecnocrático y oligárquico, encarnadas por sectores de las élites administrativas, militares y económicas, tanto en el plano de los Estados nacionales, como en el de los organismos internacionales creados a partir de entonces.

En *la dimensión político-económica* se reproducían formaciones conflictivas similares. Fuertes intereses económicos estadounidenses convergían hacia la concepción de un mundo de "puertas abiertas" para los flujos comerciales y financieros, asumiendo de esta manera los EE.UU. de la postguerra el rol de campeón del libre-cambismo que Inglaterra había desempeñado en el siglo XIX. Esta perspectiva se manifiesta en innumerables declaraciones, tales como esta del presidente Truman:

"Un gran volumen de comercio internacional con una base sana es esencial si queremos lograr la prosperidad en los Estados Unidos, la construcción de una estructura duradera para la economía mundial y conseguir nuestro objetivo de paz y seguridad mundial."<sup>3</sup>

La propaganda comunista exageraba de manera absurda el peso de los intereses especiales norteamericanos en esta visión del orden económico: sólo un 7% de su producto bruto y quizá un 10% de sus empleos dependía en 1945 de las exportaciones. Con todo, aún entre aliados surgieron voces como la de un político conservador inglés que se quejó de la industria norteamericana, a la que consideraba "obsesionada con la idea de conquistar cada mercado del mundo"<sup>4</sup>. Desde la perspectiva soviética, la visión de una posible penetración económica norteamericana en el Este de Europa presentaba un grave peligro para el experimento de acoplar ese espacio a la economía cerrada y estatizada del "socialismo real". En esas circunstancias, la retórica soviética, ocultando sus propios intereses hegemónicos, se presentó como protectora de las pequeñas y devastadas economías nacionales de Europa Oriental. En 1946 Molotov sostenía que el principio de la "igualdad de oportunidades", aplicado a esos países, les traería "una verdadera servidumbre económica", bajo "la voluntad arbitraria" de las empresas norteamericanas o británicas"<sup>5</sup>. Más allá de las distorsiones típicas en un duelo propagandístico, manifestaciones como las citadas marcaron el profundo anta-

---

3 Public Papers, Truman 1946, cit. en PATERSON, T.G., *Meeting the Communist Threat. Truman to Reagan*, N York, 1988, p. 20.

4 L.S. Amery, cit. *ibid.*, p. 33.

5 Ver discurso en París (10/10/1946), cit. en LA FEBER, W., *The Origins of the Cold War 1941-47* [una selección comentada de documentos], N. York, 1971, pp. 57-58.

gonismo de las concepciones económicas de Washington y Moscú.

Coexistía con el anterior *otro eje conflictivo*, que, siendo de gran relevancia para una enorme parte de la humanidad, no logró en aquellas décadas desplazar del centro de la atención pública al ya citado antagonismo de los sistemas occidental y soviético. Claro está que nos referimos al conflicto "Norte-Sur". En esencia, se trataba de una confrontación alejada de cuestiones ideológico-mesiánicas. Era una pugna por la distribución de los beneficios del mercado mundial, emergente de las interacciones entre las economías industriales altamente desarrolladas y otras exportadoras de productos primarios, con las fuertes asimetrías en poder negociador que ello implica. En los años 60 tuvo auge la teoría maoísta-castrista que creyó descubrir en el "Sur" (Asia, Africa y América Latina) un nuevo y gigantesco sujeto revolucionario a escala planetaria, pero pronto se vio que esto no correspondía a la realidad. Mientras que el "Primer" y "Segundo Mundo" constituyeron verdaderos actores colectivos, estructurados como sistemas político-militares y económicos de auténtica capacidad de acción concertada, el "Tercer Mundo" no fue otra cosa que una categoría analítica, solamente adecuada para sintetizar toda una serie de rasgos compartidos por muchos países. Los conflictos internos y la incapacidad para forjar herramientas internacionales efectivas fueron constantes en la historia del Sur, reducido de tal manera a la posición de un actor más bien potencial, y, sobre todo, de campo de experimentación para las iniciativas provenientes de las grandes potencias.

Antes de pasar a la consideración de la dimensión político-militar de las relaciones internacionales, detengámonos un momento en el examen de lo que ya hemos visto. *La conclusión decisiva* es simplemente esta: en los planos cultural y económico, el "Oeste" conservó durante toda la Guerra Fría una clara ventaja sobre el "Este" en lo que a status y roles se refiere. No se trataba de dos economías "centrales" con un

grado equivalente de desarrollo; ese status solo correspondía al bloque occidental. Algunas estadísticas servirán para fundamentar lo dicho:<sup>6</sup>

*Participación de los bloques en el producto bruto mundial:*

	1960	1980
EE.UU., Comunidad Econ.		
Europa y Japón	56,4%	53%
URSS y su bloque	19,3	17,5
China	3,1	4,5

*Participación en el consumo mundial de energía:*

Países del "Primer Mundo"	63%	55%
Países del "socialismo real"	32	32

*Posición en el comercio mundial a comienzos de los años 80:*

	Rango como	Exportador	Importador
EE.UU		1	1
URSS		6	7

Hasta la década del 60 la URSS mantuvo uno de los ritmos de crecimiento económico más veloces del mundo, pero

---

<sup>6</sup> Ver estadísticas en las siguientes publicaciones. KENNEDY, P., *The Rise and Fall of the Great Powers*, N.York, 1987, p. 436; *Informe sobre el Desarrollo Mundial 1980*, Banco Mundial, Washington, Anexo, Cuadro 7; *Fischer Weltalmanach 1984*, Francfort, pp. 75-76 y KIDRON, M. y SEGAL, R., *The New State of the World Atlas*, N.York, 1987, graf. N° 20.

a partir de entonces se advierte un estancamiento. Según el "Índice de desarrollo socio-económico" de Banks, esta potencia pasó del puesto número 35 en 1927 al 16 en 1963... pero en 1973 seguía prácticamente en el mismo lugar. En 1950 la relación entre el PB per cápita de los EE.UU. y la URSS era de 100:30 y en 1970, de 100:47; en 1980 apenas si había mejorado (100:49)<sup>7</sup>.

En lo que respecta al plano cultural, es indudable que a partir de 1945 los EE.UU. lograron proyectarse sobre el globo en calidad de "modelo", mucho más allá de las fronteras del capitalismo desarrollado y contando con la inestimable ventaja de encontrar por todas partes predisposiciones y afinidades dejadas por la previa influencia de las pautas euro-occidentales. Frente a esto, la cultura ruso-soviética, nunca pasó de ser un modelo regional, rígidamente ligada a su base político-militar y a la existencia de partidos comunistas, que en ese sentido tuvieron a menudo un cierto aire arcaizante de "ghettos", implantados en el seno de sociedades más pluralistas. Lo cierto es que ante el doble desafío de la cultura intensamente comercial-popular de sello norteamericano por un lado, y la persistencia de identidades tradicionales poco compatibles con el dogmatismo de tipo soviético por el otro, resultó fracasado el intento de la URSS de presentarse como alternativa cultural con pretensiones universalistas.

Las condiciones en que se desenvolvía la competencia cultural y económica entre el Este y el Oeste nunca dieron mayor motivo de preocupación a este último. Era en cambio *el plano de lo político-militar*, el que concentraba los grandes

---

<sup>7</sup> Ver BANKS, A., *An Index of Socio-Economic Development 1869-1975*, en "Journal of Politics", 1981, vol. 43, p. 404 y SUMMERS, R. y HESTON, A., *Improved International Comparisons of Real Product and Its Composition: 1950-1980*, en "The Review of Income and Wealth", 1984, vol. 30, p. 220 y ss. El carácter limitado de la URSS como "superpotencia" defectuosa en lo económico también ha sido destacado con gran claridad por ALBRECHT, U., *Soviet Military Policy Toward the Third World*, en "Vierteljahresberichte", 1989, N° 115, pp. 90-92.

temores de las potencias occidentales: solo aquí, con su enorme aparato bélico y su rápida adquisición del arma nuclear, la URSS constituía una verdadera superpotencia. A partir de 1945 la dimensión político-militar de las relaciones mundiales puede visualizarse como constituida por *tres núcleos problemáticos*, yuxtapuestos de tal manera que la dinámica derivada de cada uno de ellos tendía a chocar con la de los demás. Se trata del régimen formal de la "seguridad colectiva", del "equilibrio" bipolar antagónico y de los procesos de descolonización y neutralismo en el "Tercer Mundo".

La Carta de las Naciones Unidas y su previsto mecanismo para el logro de la seguridad colectiva brindaron a los países débiles un status y unas garantías jurídicas que nunca habían obtenido de la tradicional política de poder, encarnada en las grandes potencias. Pero debajo de ese tejido de disposiciones y declaraciones subsistía aquella vieja política, reduciendo la eficacia de la nueva institución a límites muy decepcionantes. Por el otro lado y a diferencia de la ONU, el equilibrio bipolar (con sus reglas no escritas) jamás logró conquistar el consenso legitimador de la opinión pública, quedando establecido hasta fines de los años 80 como un hecho simplemente tolerado en la práctica de las relaciones internacionales. Mientras que el clásico sistema del equilibrio multipolar decimonónico fue considerado por sus principales protagonistas como un bien digno de ser preservado, los voceros de la Guerra Fría tendieron a desconocer al adversario tanto el status-rol que poseía, como la legitimidad de sus objetivos. Rusos y norteamericanos se acusaban mutuamente de ser la principal causa de que no pudiesen alcanzar plena vigencia los elevados principios de la ONU.<sup>8</sup>

La lucha de muchos pueblos asiáticos y africanos por su

---

8 Sobre la heterogeneidad de los principios que legitiman la estructura de la ONU hay algunas tímidas menciones en NIEDHART, G., *Internationale Beziehungen, 1917-1947*. Paderborn, 1989, pp. 157-158.



independencia política y sus intentos por conservarse fuera de la confrontación de los colosos tampoco fueron procesos que encajaron fácilmente en este supuesto "orden" mundial, en el que se combinaban la legitimidad sin poder y los poderes sin legitimidad. Es que la concepción original de la ONU había sido la de un club hegemónico por los países industrializados de tradición cultural euro-americana, club en el cual la definición de los intereses y la agenda habrían de depender de una especie de pedagogía practicada por dichas potencias. Los choques inevitables entre esa concepción y la creciente autoafirmación de los Estados afroasiáticos -en algunos casos también latinoamericanos- fueron erróneamente interpretados por un sector importante de la dirigencia occidental como el producto de una diabólica estrategia soviética. Se daban así unas precondiciones fuertemente negativas para la negociación diplomática, esterilizándose el diálogo y tornándose irracionalmente rígidas las posiciones.

## 2. Las tesis de los "halcones"

Para comprender mejor esta situación, resulta necesario analizar con algún detenimiento ciertas tesis relativas a la Guerra Fría, las cuales tuvieron una notable influencia en el pensamiento político-militar occidental. Tomadas de manera conjunta, vinieron a ser representativas de la visión estratégica del mundo del sector de la opinión civil y militar que ha sido denominado "pesimista", "duro" o "de los halcones". Nos estamos refiriendo a las afirmaciones de que: a) la URSS actuaría siguiendo un plan de dominación mundial; b) hasta 1980 habría logrado continuos avances geopolíticos y c) por último habría superado militarmente el potencial occidental<sup>9</sup>.

---

9 Sobre las corrientes ideológicas que fundamentaron la posición de los "halcones" en las últimas décadas puede verse BUCHRUCKER, C., *Las derechas en el ascenso y caída de la Segunda Guerra fría*, Mendoza, 1991.

La tesis según la cual las intenciones de la Unión Soviética debían ser interpretadas como las de una potencia dispuesta a destruir todo ordenamiento internacional pluralista, contando para ello con una especie de *plan maestro de dominación universal* encontró su primera -y verdaderamente clásica- formación en un famoso informe del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos (el llamado NSC - 68, de abril de 1950):

"La Unión Soviética, a diferencia de aspirantes previos a la hegemonía, se encuentra animada por una nueva fe fanática, que es la antítesis de la nuestra y trata de imponer su autoridad absoluta sobre el resto del mundo. El conflicto se ha vuelto por eso endémico, operando la Unión Soviética con métodos violentos o no violentos según los dictados de su conveniencia. (...) El designio implica la completa subversión o la destrucción violenta de la maquinaria gubernamental y de la estructura social en los países del mundo no-soviético, y su reemplazo por un aparato y una estructura subordinados y controlados por el Kremlin"<sup>10</sup>.

Tres décadas después, el presidente Ronald Reagan retomó esta visión de las cosas con el lenguaje colorido que en ocasiones utilizaba: "No nos engañemos. La URSS está detrás de toda la intranquilidad que hay. Si ellos no estuvieran dedicados a ese juego del dominó, no habría ningún punto caliente en el mundo"<sup>11</sup>.

El reflejo argentino de esto se encuentra en toda una

---

10 Los principales pasajes de este documento están reproducidos en SALISBURY, H.S. (Ed.), *Vietnam Reconsidered*, Cambridge (Mass.), 1984, pp. 322-325.

11 Cit. en MAC FARLANE, S.N., *The Soviet Conception of Regional Security*, en "World Politics", 1985, Vol. 37, N° 3, p. 299.

larga línea de escritos. En su influyente libro sobre la "Guerra revolucionaria comunista", (1962) el entonces Coronel Osiris Villegas creía poder identificar una sola y universal guerra de ese tipo, a través de la cual el bloque comunista buscaría "obtener el dominio mundial", sustituyendo la nación "por el Estado satélite dócil a los dictados de la central roja internacional". De la misma manera se expresaba el Gral. Díaz Bessone en 1986, postulando aún para fecha tan avanzada una dirección conjunta de Moscú y Pekín de la guerra revolucionaria mundial. La misma tesis constituía el hilo conductor de un importante "Manual histórico de soviología" publicado en 1983. En algunos casos llegó a constituirse en una fórmula tan dogmatizada, que incluso se la enunciaba sin conexión lógica con las pruebas que los autores creían estar aportando al lector. Esto sucede con una larga cita que el Contraalmirante Jorge A. Fraga hace de un documento del almirante soviético Gorshkov, cita que considera expresiva "con nitidez" de "los conceptos de la conquista del mundo para el comunismo". Lo curioso es que nada de eso se desprende de la lectura del texto, aunque, claro está, se trata de párrafos que pueden ser vistos como congruentes con esa interpretación si el lector los consulta partiendo del supuesto previo de que tal proyecto de dominación mundial realmente existe<sup>12</sup>. De más está decir que con tal método analítico puede llegar a demostrarse casi cualquier cosa.

Los trabajos más serios y documentados de la historiografía y ciencia política occidentales ya abandonaron hace años la tesis del "plan maestro soviético". En su fundamental libro "Enfrentando la amenaza comunista", Thomas Paterson sometió al Informe NSC-68 a una crítica devastadora, de-

---

12 Ver VILLEGAS, O., *Guerra revolucionaria comunista*, Bs.As., 1962, pp. 11-15; DIAZ BESSONE, G., *Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Bs.As., 1986, p. 77; FALCIONELLI, A., *Manual histórico de soviología*, Bs.As., 1983 y FRAGA, J.A., *La Argentina y el Atlántico Sur, Conflicto y objetivos*, Bs.As., 1983, pp. 66-67.

finiéndolo como "un documento defectuoso y hasta de aficionados", lleno de "insustanciales afirmaciones sobre las intenciones soviéticas"<sup>13</sup>. Muchas veces los "halcones" han basado sus escritos en el axioma tácito de que el hermetismo de la URSS en materia de acceso a su documentación interna obligaría necesariamente a suponer lo peor en lo que a intenciones se refiere. Aparte de que tampoco todas las potencias occidentales son tan generosas con su política de apertura de archivos como sería de desear, lo que ese enfoque tiende a desconocer es que, habiendo una secuencia relativamente larga de acciones a la vista, el método de indagación más recomendable consiste en efectuar inferencias a partir del análisis de esas conductas. Es este camino el que lleva a investigadores como Seweryn Bialer a concluir que nada parecido a un plan maestro de conquista mundial puede deducirse de las políticas concretas de los dirigentes soviéticos de la postguerra<sup>14</sup>. Con Bialer, creemos que las tres teorías básicas sobre la conducta exterior soviética -la del expansionismo maximalista, la de la inseguridad y la del oportunismo- tienen algo relevante que decirnos. Pero lo que es aún materia discutible es la estimación de las relaciones entre estas tres fuerzas motivantes en la arquitectura de la política rusa de la Guerra Fría. En ese sentido la evidencia más firme que hoy se posee tiende a otorgarle importancia decisiva a la *sensación de inseguridad* y a una *fuerte dosis de oportunismo*.

Más allá de toda la retórica sobre el "internacionalismo revolucionario", la dirigencia del Kremlin parece haber basado su accionar sobre una combinación entre un elemento más bien estático, la "primacía de la política interna" y otro de tipo

---

13 PATERSON, p. 52.

14 BIALER, S., *The Soviet Paradox. External Expansion, Internal Decline*, N.York, 1986, p. 348. También subrayan el papel de las motivaciones aventureras y oportunistas ALBRECHT, pp. 97-99 y KIREEV, A.P., *Reappraisal of URSS Third World Policy*, en "Vierteljahresberichte", 1990, N° 122.

dinámico, dado por las oscilaciones de una ambición aventurera, siempre alerta ante las chances que los acontecimientos mundiales podrían brindar para el logro de un debilitamiento del adversario<sup>15</sup>. La fuerza expansiva y transformadora de las economías del socialismo burocrático se estancó en niveles inferiores a las del capitalismo transnacional, y Moscú siempre fue avara en lo que hace al estacionamiento de tropas en países no limítrofes con la URSS. Dada esta situación, también en términos geográficos la presencia efectiva de intereses soviéticos en el mundo fue más restringida que la de los EE.UU. ¿Pero en qué sentido hablamos aquí de una *primacía de la política interior*? En que la clave de la conducta exterior del régimen no estuvo primordialmente en el declamado mesianismo ideológico, sino en la consolidación de los siguientes objetivos: a) Mantenimiento del monopolio político del Partido Comunista dentro de la Unión Soviética. b) Control de las tendencias autonomistas y separatistas de las nacionalidades no rusas en el seno de la Unión.

El cinturón de Estados satélites formado a partir de 1945 parecía cumplir una función esencial para la realización de los dos objetivos señalados, "protegiendo" al "hombre soviético" de contactos con vecinos potencialmente desestabilizadores. Desde otra perspectiva más tradicional, se lo podía interpretar como parte de la política de seguridad estratégica de una gran potencia clásica<sup>16</sup>. En cuanto a la "misión universal" revolucionaria, fue otro instrumento reactivado a partir de Khrushchev, como un medio adicional para superar la generalizada crisis de autoconfianza que siguió a la muerte de

---

15 Una interpretación muy parecida se encuentra en NASSMACHERT, K.H., *Politikwissenschaft II: Internationale Beziehungen und Politische Ideen*, Düsseldorf, 1979, pp. 81-83.

16 Sobre este aspecto "tradicionalista" de la política exterior soviética se manifiesta una excelente revisión crítica: PAPCKE, S., *Der Kalte Krieg als Problem der Zeitgeschichtsschreibung*, en "Europa-Archiv", 1990, serie 21, pp. 628-629.

Stalin. También se esperaban de esta iniciativa algunos efectos que pudiesen contrapesar la superioridad económica del bloque occidental. Las fuertes tensiones que muchas de las acciones internacionales de la URSS ocasionaban en las relaciones ruso-norteamericanas fue tomado durante largos años por el Kremlin como algo no del todo inconveniente. Es que el argumento del peligro externo siempre ha servido a las dictaduras como elemento para "disciplinar" a la población, otorgando una apariencia de necesidad defensiva a sistemas carentes de legitimación democráticas. Al no tener en cuenta este condicionamiento sistémico de la política rusa, algunas interpretaciones de los orígenes de la Guerra Fría contienen afirmaciones algo ingenuas como esta: "Desde el punto de vista soviético resulta urgente [en 1945] continuar con la cooperación"<sup>17</sup>. Se parte aquí del supuesto tácito de que la racionalidad económica de los países comerciales y pluralistas puede ser insertada sin alteraciones en el proceso de toma de decisiones de un sistema burocrático-militarista.

Dejando ya la polémica sobre los planes mundiales de la URSS, conviene revisar ahora *la segunda tesis de los "halcones" de la Guerra Fría*. ¿Fue realmente la historia de los años 1945-80 la de un continuo avance de la influencia "geopolítica" soviética? Ya en los inicios de la década del 60, un especialista argentino creía posible constatar esa tendencia, incorporando a su lista de los "resultados" exitosos de la "agresión comunista", situaciones tan discutibles como "Indonesia 1945-46", "Argelia" desde 1945 y "Bolivia 1946"<sup>18</sup>. Posteriormente fueron el estadista norteamericano Henry Kissinger y el publicista inglés Brian Crozier los incansables censores que advertían acerca de un "avance" geopolítico supuestamente carente de respuesta occidental. Otro autor llego

---

17 NIEDHART, p. 156.

18 Ver VILLEGAS, pp. 160-161.

a expresar su visión extremadamente pesimista de tal proceso en las siguientes palabras:

"Ya hemos tenido Cuba, Angola, (...) Nicaragua y estamos teniendo Namibia, El Salvador, Guatemala. De seguir en esta pendiente no hemos de tardar en tener Suecia, Canadá, Francia y ¿por qué no? la República Argentina"<sup>19</sup>.

Aún antes de que los acontecimientos de 1989-91 viniesen a demostrar que la URSS era un gigante con pies de barro, todo un espectro de analistas de la estrategia había llegado a una perspectiva muy diferente. En realidad el comunismo ruso había obtenido, a lo largo de las décadas del conflicto Este-Oeste, poco menos que una derrota por cada una de sus victorias. Entre los más notables se pueden mencionar sus fracasos en China, Indonesia, Egipto y Somalia. Una importante y duradera ampliación del área de influencia soviética no tuvo lugar en la tan conflictiva década de los 70, hasta el punto que puede hablarse, para aquella época de un "mito del avance". Así, un estudio del año 1980 llegaba a la siguiente conclusión:

"La principal debilidad de la URSS en el intento de ampliar su esfera de influencia se halla en la incapacidad de los soviéticos para obtener lealtad y apoyo a largo plazo entre países importantes del Tercer Mundo."<sup>20</sup>

La tesis pesimista cometió desde sus orígenes el error

---

19 FALCIONELLI, p. 205.

20 Ver el trabajo reprod. en MATTHIES, V., *Kriege in der Dritten Welt Analysen und Materialien*, Opladen, 1982, especialmente p. 87.

de considerar prácticamente equivalente cualquier superficie del planeta. Se medían kilómetros, en vez de tener en cuenta los factores que realmente dan importancia político-militar a una región: a) la acumulación de poderío industrial y de algunas materias primas y b) el control de las costas e islas que bordean las principales rutas marítimas del mundo. En ambos aspectos, la posición de los Estados Unidos y sus aliados jamás perdió la superioridad que poseyó desde los inicios de la Guerra Fría. Hacia 1950 los centros decisivos del poder industrial del mundo se ubicaban en cinco espacios geográficos: EE.UU.; Europa noroccidental (Inglaterra, Benelux y Francia); Europa Central (Alemania y Checoslovaquia); Japón y URSS. El bloque soviético solamente controlaba una de dichas regiones claves, además de la menor parte de la tercera. A lo largo de las dos décadas siguientes se sumaron a los ya mencionados polos industriales periféricos como los de la China, India, Brasil, Taiwan, Corea del Sur y Polonia. Salvo este último, todos los demás se hallaban fuera del área de influencia de la URSS, integrándose en cambio en el sistema mundial encabezado por los Estados Unidos. Resultaba absurdo hablar de un "avance" de la influencia soviética, cuando se había podido constatar que en 1958 dicho influjo comprendía el 31% de la población mundial y el 9% de su producto bruto, para reducirse en 1979 al 6 y 5% respectivamente<sup>21</sup>. En los años 60 la marina rusa salió a los océanos, pero jamás logró desarrollar un nivel de calidad marítimo-militar o una red de bases estratégicas capaces de igualar a los aliados occidentales.

Las consideraciones precedentes no conducen a *la tercera de las tesis pesimistas* que impregnaron la mentalidad de los "guerreros fríos" hasta fines de la década pasada: la supuesta superioridad soviética en armamentos. Montañas de

---

21 Ver HALLIDAY, p. 100.



papel se imprimieron en relación a esa polémica. Raras veces se utilizó una duda metódica para el manejo de las cifras de los potenciales contrapuestos: la que se refiere a las fuentes. Se puede tener mucha buena voluntad, pero no tanta ingenuidad como para desconocer que los periódicos informes producidos por el Pentágono representaban un interés creado en la carrera armamentista y la lucha por las cuotas del presupuesto norteamericano, circunstancias que afectan seriamente sus pretensiones de objetividad. Las cifras oficiales rusas por supuesto siempre debieron ser tomadas con pinzas. En este terreno espinoso y poco preciso vale la pena darle especial valor a los trabajos de instituciones neutrales, no comprometidas con intereses político-económicos armamentistas, como ocurre con el Instituto Internacional de Estocolmo de Investigaciones para la Paz (SIPRI). Entre mediados de los años 70 y mediados de los 80 se difundió en todo Occidente una catarata de publicaciones que hablaban de la "aplastante" superioridad soviética por lo menos en armamentos convencionales e incluso llegaban a afirmar que la comparación global de fuerzas jugaba "enteramente a favor de la URSS"<sup>22</sup>. Un buen ejemplo de esta retórica lo dan las cifras que presentó la OTAN en noviembre de 1988, según las cuales la relación entre esta organización y el Pacto de Varsovia habría sido de 1:1,4 en hombres, 1:2 en aviones de combate y 1:3 en tanques. Sin embargo, para el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, las proporciones estaban lejos de reflejar tan aterrador cuadro, ya que se habrían movido en el orden de 1,18:1 en hombres, 1:1,17 en aviones y 1:2,06 en tanques, contando el Oeste además con una ventaja de 1,48:1 en grandes navíos de guerra<sup>23</sup>.

---

22 Ver FALCIONELLI, p. 185.

23 Ver estas discrepancias en *Fischer Weltalmanach 1990*, Francfort, p. 743.

Los datos mencionados demuestran que la prudencia crítica es indispensable en el tratamiento de esta temática. Si se toma como base el número de ojivas nucleares en misiles balísticos y bombardeos estratégicos, se advierte que Rusia logró reducir progresivamente la distancia que la separaban de su adversario. Mientras que en 1967 poseía una 1000 frente a 4500 estadounidenses, para 1982 la proporción aproximada era de 8800 a 9500 y en 1988 de aproximadamente 11.600 a 13.000. Aún a comienzos de los 80, cuando se hablaba con más insistencia de una supuesta indefensión del Oeste, el número de efectivos de ambos bloques era similar y los gastos militares occidentales superiores a los del oponente. En lo que a armas convencionales se refiere, los pesimistas occidentales solían citar la mayor cantidad de interceptores del Pacto de Varsovia con respecto a la OTAN, y muy especialmente el enorme número de tanques comunistas. Pero lo primero quedaba compensado por la ventaja occidental en cazabombarderos y lo segundo por la presencia de unos 240.000 misiles antitanques guiados (5 por cada blindado enemigo). Jamás tuvo el Pacto de Varsovia elementos suficientes como para planificar una fácil guerra relámpago en Europa. Por último hay que mencionar la superioridad cualitativa occidental en tecnología electrónica y aviación, áreas en las que la URSS llevaba al menos tres años de retraso. Las guerras de las Malvinas y de Kuwait demostraron la importancia decisiva de este factor<sup>24</sup>. Por eso en 1985 un especialista estadounidense pudo rebatir la tesis catastrofista (tan insistentemente difundida en nuestro medio) en un estudio que culminaba así: "En

---

24 Para el tema de los armamentos ver: *SIPRI-Atomwaffen in Europa-Rüstungsjahrbuch 1982-83*. Reinbek/Hamburgo, 1983; PALME, O., *Bericht der Unabhängigen Kommission für Abrüstung und Sicherheit ("Common Security")*, Berlín, 1982, especialmente pp. 33-34 y 42-43; FERM, R., *¿Armamentos o desarme? Compendio SIPRI 1988*, Solna, 1989; HALLIDAY, pp. 55-73 y 100-101, además de WALT, S., *Alliance Formation and the Balance of World Power*, en "International Security", 1985, vol. 9, N° 4, pp. 33-34 y apéndices.

contraste con la 'sabiduría' actualmente prevaleciente, el presente equilibrio del poder favorece en alto grado a los EE.UU. y sus aliados". Era la misma conclusión a que llegaba Seweryn Bialer, quien además subrayó la importancia del factor cualitativo:

"Análisis detallados de otras ramas del Departamento de Defensa han afirmado que de las 20 categorías de tecnología militar evaluadas, EE.UU. tiene una ventaja clara en 19, habiendo similitud aproximada en la restante. Este informe no ha sido refutado ni puesto en duda".<sup>25</sup>

### **3. Guerras e intervenciones "normadas" en la periferia**

Más allá de estas discusiones acerca de los potenciales enfrentados, la relación entre las superpotencias durante la Guerra Fría estuvo signada por la vigencia de toda una gama de guerras en el pensamiento político-militar. Unas fueron reales, otras solamente imaginadas y temidas; pero muchas de las conductas de los actores decisivos no serían explicables si el análisis pretendiese desechar estas últimas. No sólo los hechos, sino también los sueños, y a veces más aún las pesadillas constituyen fuerzas históricas. Por otra parte, interpretar correctamente la naturaleza de los cambios advenidos a partir de 1989 implica hacer un balance de lo que significaron para el mundo esos temores y experiencias durante más de cuarenta años. Para ello revisaremos brevemente los cuatro "escenarios" más relevantes.

---

25 BIALER, p. 279 y WALT, p. 33.

## 1) *La guerra directa entre los bloques antagónicos*

Sea bajo la figura de un comienzo convencional, sea bajo la de un fulminante golpe nuclear, la imagen de una posible confrontación abierta estuvo presente desde los inicios hasta los finales del período en cuestión, y a ambos lados de la "Cortina de Hierro". Conjurando la memoria de la intervención aliada en la Guerra Civil Rusa, ya en marzo de 1946 Stalin acusaba a Churchill de preparar una agresión anti-soviética, prometiéndole "una paliza como la que recibieron hace 26 años" si osaba desencadenarla<sup>26</sup>. Para la otra cara de la moneda, basta recordar algunos de los numerosos textos que representaron el último renacimiento de las visiones más duras y pesimistas en el pensamiento estratégico occidental de fines de los 70 y comienzos de los 80. Un alto jefe británico, el Gral. John Hackett describió en 1978 minuciosamente el escenario de una "Tercera Guerra Mundial", iniciada por "una gran ofensiva del Pacto de Varsovia en la región central de la OTAN". El Tte. Cnl. Guy Doly y Paul Carrell se preguntaban angustiados "¿Y si los rusos atacan?". Más sereno, pero también muy preocupado, Richard Lebow, colaborador de la prestigiosa revista "International Security", llegaba a la conclusión de que la "estrategia militar ofensiva de la Unión Soviética" era la "causa fundamental" de la inseguridad en Europa<sup>27</sup>.

Claro está que en términos menos emocionales, estas visiones nunca fueron muy creíbles. A medida que avanzaba la carrera armamentista, "MAD", la "destrucción mutua asegurada" se convertía en la gran guardiana de la paz para los

---

26 Cit. en LA FEBER, p. 143.

27 HACKETT, J. y otros, *The Third World War*, London, 1979 (2 ed.); FRANCOIS (seudónimo), *La 6. Colonne. Si les Russes attaquaient...*, Paris, 1980 y LEBOW, R.N., *The Soviet Offensive in Europe*, en "International Security", Vol. 9, N° 4, p. 75.

estrategias de ambos lados. Atacar los territorios centrales del adversario implicaba acercarse rápidamente al temible umbral formado por la tríada de las armas ABQ (atómicas, biológicas y químicas), contra las cuales, a pesar de las ilusiones de la "guerra de las galaxias", nadie poseía un eficaz escudo. A más tar-dar a partir de la "crisis de los cohetes" (Cuba, 1962), quedó en claro que las preocupaciones referidas a una guerra de este tipo persistían, no por una evaluación plenamente fundada de los intereses y conductas del adversario, sino solamente por la interacción de diversos factores inquietantes:

a) La posibilidad de un "deslizamiento" incontrouible hacia la guerra nuclear como efecto no deseado de una cadena de acciones escalatorias originadas en un conflicto bélico menor, del tipo que aquí ubicamos bajo el número "3".

b) La recurrencia periódica de una retórica ideológica relativa a la "inevitabilidad" del conflicto, o sea de un tipo de discurso inútil para la negociación política constructiva y sólo apto para reforzar el miedo y la hostilidad. Aquí se ubica también un cierto tipo de escritos tecnocráticos tendientes a endulzar "a priori" la amarga píldora de una guerra nuclear con reflexiones como esta:

"Al contrario de lo que muchos piensan, tenemos estudios objetivos que demuestran que -aceptando un aumento del sufrimiento humano- el estado del mundo después de una guerra atómica no excluiría una vida normal y realizada para la mayor parte de los sobrevivientes"<sup>28</sup>.

Joyas de esta clase son representativas de lo que podría llamarse el "realismo macabro" en el pensamiento político-estratégico de la Guerra Fría.

---

28 KAHN, H., *On Thermonuclear War*. Princeton, 1960, p. 21.

c) En un plano de realidades verdaderamente preocupantes se movía la cuestión de la confiabilidad de la compleja red de sensores electrónicos, combinada con posibles falencias del personal encargado de manejarla. Un buen ejemplo de esto lo da un informe de dos senadores norteamericanos, según el cual entre enero de 1979 y junio de 1980 se habrían producido 147 falsas alarmas en el más importante centro de defensa antiaérea de los EE.UU. Cuatro de esas alarmas llevaron la reacción hasta el nivel 2, inmediatamente por debajo de "alarma máxima". El Pentágono atribuyó la totalidad de estos errores a defectos en el sistema de computadoras<sup>29</sup>.

Como contrapeso de dichos factores siempre existió, por lo menos en Occidente, una corriente que hacía una lectura más racional de la naturaleza exacta del conflicto Este-Oeste, no dejándose arrastrar por las oleadas emocionales que despertaban en muchos las proclamas desafiantes (por ejemplo los maoístas sosteniendo que China no temía una guerra atómica) o gestos poco diplomáticos (como los zapatazos de Khrushchev en un foro internacional). Figuras tan destacadas como George Kennan y Charles Bohlen llegaron a señalar que el temor al "cerco" norteamericano y la paranoica inseguridad de la dirigencia stalinista en lo que a la estabilidad de su régimen se refiere, eran condiciones mucho más reales para la política rusa que sus supuestos designios de agresión ilimitada<sup>30</sup>. Un paso fundamental para quebrar la nefasta tradición de discurso belicista fue dado finalmente por el 27° Congreso del PCUS (febrero de 1986) cuando se asentó en el nuevo programa el principio de que la doctrina del Ejército Rojo derivaba únicamente de su misión "defensiva frente a un ataque

---

29 Para la problemática de estas fallas ver el Cap. de Bernd Kubbig en STEINWEG, R. (Compilador), *Kriegsursachen*, Frankfurt, 1987, especialmente pp. 276-277.

30 Ver PATERSON, pp. 52-53 y COX, M., *From the Truman Doctrine to the Second Superpower Detente: The Rise and Fall of the Cold War*, en "Journal of Peace Research", 1990, vol. 27, N° 1.

exterior". En conexión con este proceso de racionalización de las viejas hipótesis de guerra también hay que mencionar los estudios realizados en un seminario sobre análisis de amenazas efectuado en Bonn en 1984. Los especialistas alemanes allí reunidos -tanto civiles como militares- llegaron a la conclusión de que la eventualidad de un ataque convencional masivo del Pacto de Varsovia era algo sumamente improbable.

Resulta llamativo e contraste de esa estimación tan serena y certera con la que provenía de la línea pesimista, entonces aún predominante en nuestras latitudes, según la cual se llegaron a considerar como posibles escenarios tan extravagantes como ministros comunistas franceses pidiendo "la intervención del Ejército Rojo" en el caso de sufrir "una derrota electoral". Otra expresión realmente anacrónica y fantásica de esta línea de interpretación llegó a publicarse en 1989, cuando el Cnel. de la Vega, insistía en pintar a una Europa supuestamente asustada por un posible ataque de "fuerzas irregulares" comunistas "armadas con armamentos nucleares", o, en su defecto, por una hipotética capacidad de la URSS para manipular "las imprescindibles fuentes de energía, los desbordes pasionales de las multitudes de Asia y Africa y, en una medida más débil y lejana, de la América Latina"<sup>31</sup>.

## *2) La guerra entre potencias importantes de un mismo bloque ideológico*

En 1952, Stalin resucitó por última vez la vieja tesis leninista de la probabilidad de una nueva guerra entre las

---

31 Comparar la serenidad de BRUNS, W., EHMKE, H. y KRAUSE, C. (Eds.), *Bedrohungsanalysen*, Bonn, 1985 con el catastrofismo de FALCIONELLI, p. 170 y VEGA, U. de la, *Espejismos y realidades en torno a la contraguerra revolucionaria argentina*, Bs.As., 1989, pp. 31-32.

principales potencias del mundo capitalista. Parece que aquí se expresaba más bien el deseo que la capacidad analítica del viejo dictador y lo cierto es que sus sucesores en el Kremlin abandonaron calladamente esa ilusión como base para políticas concretas. En cambio fue la alianza hegemonizada por Estados Unidos la que llegó a obtener un inesperado rédito por una situación parecida a la que preveía Stalin, pero producida en el seno del bloque comunista. La creciente intensidad del conflicto chino-soviético culminó en sangrientos choques fronterizos (en el Río Ussuri) al finalizar la década del sesenta y se prolongó a lo largo de los setenta con un espectacular acercamiento chino-norteamericano y una dura pero indecisa "campaña de castigo" conducida por Pekín contra Vietnam, el más militarizado de los aliados asiáticos de la URSS. Para esta última, la principal consecuencia de estos procesos fue una pérdida de su capacidad de concentrar fuerzas en el Oeste: a comienzos de la década del 80 había 31 divisiones soviéticas estacionadas en los países satélites de Europa Oriental y 44 en la zona fronteriza con China<sup>32</sup>.

### *3) Intervención del bloque adversario en guerras internas de zonas consideradas de alto valor estratégico-económico*

Con este tipo de escenario entramos en un área mucho más compleja que el de los casos relativamente "clásicos" agrupados en "1" y "2". En varios de estos conflictos fue siempre difícil diferenciar las responsabilidades de los actores locales de las de los interventores foráneos, y tampoco la determinación de lo que realmente constituye una región "vital" para un bloque es tan fácil como algunos observadores

---

32 HALLIDAY, p. 60.



creen. En términos prácticos hay que partir de las percepciones de las élites gobernantes en cada superpotencia.

La URSS mantuvo durante décadas una celosa pretensión sobre Europa centro-oriental como área presuntamente "indispensable" para su seguridad. En 1946 Stalin recordaba que los alemanes habían contado, para su invasión de Rusia, con la colaboración de los gobiernos de países como Rumania, Bulgaria y Hungría, por lo que reivindicaba como natural la "ansiedad" de la Unión Soviética por "su seguridad futura" y su accionar tendiente a que "en esos países haya gobiernos leales en su actitud hacia la URSS". Prolongando esta polémica, Khrushchev se quejaría luego de la pretensión norteamericana de "restaurar el capitalismo en los países liberados por el ejército soviético" y "liquidar el socialismo en la República Democrática Alemana"<sup>33</sup>. En cuanto a EE.UU., había un acuerdo muy amplio de que la mayor parte de Alemania y el Japón debían quedar fuera de la órbita del poder soviético a fin de preservar el equilibrio del poder mundial. Además de estas regiones claves, y desde una óptica más específicamente norteamericana, se esbozaba el siguiente cuadro:

"En términos generales, los intereses concretos [políticos, económicos y estratégicos] de Estados Unidos son más importantes en el área Oriente Medio-Golfo y en América Central y el Caribe. De menos importancia los hay en Sudamérica, Sudáfrica y Asia Sudoriental; los menos significativos se hallan en Asia Meridional y el resto de Africa."<sup>34</sup>

---

33 En *Khrushchev Remembers*, (Introd. de E. Crankshaw), London, 1971, p. 358.

34 HUNTINGTON, S.P., *United States Foreign Policy and the Third World*, en "Vierteljahresberichte", 1983, N° 91, p. 13. Las previsiones con respecto a Eurasia ya se encuentran en SPYKMAN, N. *Estados Unidos frente al mundo*, México, 1944 [versión original 1942].

Si ambas superpotencias hubiesen sido audaces con respecto a las regiones declaradas de alta prioridad estratégica, la probabilidad de escaladas hasta el nivel de los conflictos de tipo "1" hubiesen aumentado vertiginosamente. Sin embargo, a lo largo de la Guerra Fría predominó la prudencia en este tema. En un minucioso trabajo cuantitativo H. Tillema sistematizó 269 conflictos entre 1945 y 1985; aplicando a dicha estadística el criterio cualitativo que aquí nos interesa se descubre que las situaciones verdaderamente importantes que se encuadran en choques del tipo "3" no fueron más que 12. En dos de estos conflictos la URSS percibió a los EE.UU. como "interviniendo" en la zona de alta prioridad estratégica rusa (Hungría 1956 y Checoslovaquia 1968); si se tienen en cuenta confrontaciones con menos pérdidas humanas, todavía habría que agregar el levantamiento de los alemanes orientales en 1953 y la crisis que llevó a la erección del Muro de Berlín (1961). Por su parte, los Estados Unidos percibieron 10 penetraciones rusas en su zona prioritaria (Irán 1945-46, Corea 1949-53, Líbano 1958, Cuba/Playa Girón 1961, guerras entre árabes e israelíes de 1967 y 1973, República Dominicana 1965-66, Granada 1983, Nicaragua 1979-90 y El Salvador 1980-92). Pero en la gran mayoría de los casos el nivel real de la provocación -medido en el potencial de las tropas y recursos materiales- resultó ser relativamente bajo<sup>35</sup>.

Conviene aclarar que algunos hechos habían creado, ya en los años iniciales de la postguerra, las condiciones político-psicológicas de los temores recíprocos en lo que se refiere a ciertas regiones "tabú". Stalin había experimentado la desesperada resistencia de guerrilleros nacionalistas ucranianos y polacos hasta 1950; en cuanto a los norte-americanos, habían visto la fuerza considerable de los partisanos comunistas en la

---

35 Datos básicos en TILLEMA, H.R., *Foreign Military Intervention in the Nuclear Age*, en "Journal of Peace Research", 1989, vol. 26, N° 2, pp. 179-195.

Italia y Francia de 1944-45, circunstancia aún más notoria en las guerras civiles griegas de 1945 y 1947-49. En cada caso la potencia hegemónica reaccionó con rapidez y decisión, graduando las modalidades intervencionistas según el nivel de desempeño de sus aliados locales, pero enviando siempre mensajes claros al adversario. Como consecuencia, surgieron *algunas "reglas del juego", no escritas, pero fundamentales para entender la historia de los últimos 45 años.* Como lo ha señalado Gaddis, calladamente ambos bloques convinieron en: a) respetar (con pocas excepciones) cada esfera de influencia; b) evitar la confrontación militar directa y c) preferir "anomalías predecibles" (y "congeladas") a la racionalidad impredecible<sup>36</sup>. Buenos ejemplos de esto último lo constituyeron el status especial de Berlín y la base de Guantánamo en la Cuba castrista. Es cierto que al mismo tiempo ambos bandos tendieron a la sobreestimación estratégica, así como a la "inflación" propagandística de todo acto del adversario, de manera que en términos realistas los desafíos intervencionistas del "otro" fueron siempre menos ambiciosos de lo que se creía o decía creer. Pero haciendo un balance, aquellas "reglas" fueron útiles para limitar los conflictos. Y lo fueron, porque expresaban una toma de conciencia de lo que cabía esperar de otras alternativas. Repasando estos conflictos, se advierte que a lo largo de todo el período en cuestión, las regiones de prioridad estratégica definidas por la dirigencia norteamericana respondían, por su extensión y carácter transoceánico a una superpotencia moderna realmente "mundial", mientras que su contraparte soviética (el "cinturón de seguridad" desde el Báltico al Mar Negro, además de Mongolia) seguía más bien el antiguo modelo de una típica gran potencia continental.

La adquisición de aquel cinturón de seguridad tan apreciado por Stalin resultó ser *un hecho ambiguo* en cuanto a su

---

36 Ver GADDIS, pp. 132-140.

impacto sobre la política mundial. La dirigencia soviética podía creer que había obtenido una valla contra el revanchismo alemán y una inmunización de sus fronteras contra el virus capitalista. Sus pretensiones básicas de seguridad frente a la primera de esas amenazas incluso habían sido expresamente reconocidas como legítimas por ingleses y norteamericanos en 1944-45<sup>37</sup>. Pero la modalidad específica -"totalitaria"- con que la URSS impuso esas pretensiones tuvo también efectos negativos para Moscú en otras dimensiones de sus intereses. La mencionada política de soviétización quitó atractivo electoral a los partidos comunistas en Europa Occidental y aumentó el potencial de hostilidad anticomunista y antirrusa en la población en Europa Oriental, aún considerando que con la excepción de Serbia, Checoslovaquia y Bulgaria dicho potencial ya había sido bastante alto antes de la Segunda Guerra Mundial. En este sentido siempre fue mucho más desahogada la posición estratégica de Estados Unidos en la Europa atlántica y mediterránea.

#### 4) *Guerras e intervenciones foráneas en zonas estratégicamente secundarias*

Cuando se trató de conflictos armados producidos en países poco importantes desde el punto de vista del equilibrio global de los dos bloques, las "reglas" prudenciales anteriormente mencionadas se mostraban ineficaces y las amenazas disuasorias perdían su credibilidad. La sorprendente tenacidad con que ambos bandos se aferraron a ciertas empresas intervencionistas, sobrepasando todo cálculo razonable de costos y beneficios (EE.UU. en Vietnam y la URSS en Afganistán), sólo es explicable con la obnubilación causada por la perversa

---

37 Ver NIEDHART, pp. 168-170.

teoría del "dominó", según la cual "todo" país era "vital", combinada con la retórica del "prestigio". Lo cierto es que en algunos casos las superpotencias realizaron intervenciones armadas fuera de las áreas por ellas mismas definidas como realmente significativas. Con ello cargaron sobre sus hombros graves responsabilidades frente a los derechos de pueblos mucho más débiles y obstaculizaron innecesariamente el camino hacia la realización de los principios de la ONU. Pero por otra parte es necesario terminar definitivamente con ciertas versiones míticas de un Tercer Mundo supuestamente víctima siempre pasiva de tales actos provenientes del Primero y del Segundo. Es un hecho comprobado que muchos de los conflictos más sangrientos de la historia reciente tuvieron como actores decisivos a potencias y organizaciones políticas locales y regionales, cuyo accionar autónomo no puede ser cómodamente descartado mediante el expediente de las teorías conspirativas, en las que unas veces la KGB, otras la CIA, desempeñaban el papel de "único" villano. Resulta esencial retener esta verdad para poder efectuar luego análisis no ilusorios de las oportunidades y restricciones que ofrece el mundo de la "Post-Guerra Fría".

Toda esta temática se ve con mayor objetividad si se repasan estas estadísticas de Volker Matthies, Herbert Tillema y Frank Pfetsch<sup>38</sup>. En 1981 ya se contaban 140 guerras a partir de 1945, con un número de muertos que, según los cálculos más modestos llegó a 19 millones. Teniendo en cuenta solamente las 120 que hubo hasta 1976, resultan algunas constataciones interesantes: a) La enorme mayoría ocurrió en el Tercer Mundo (115). b) Si se suman tres áreas -Cercano Oriente, Asia y África subsahariana- se tiene más del 76% de los conflictos. c) De las 120 guerras, sólo un muy pequeño

---

38 Ver MATTHIES, pp. 19-20; TILLEMA y PFETSCH, F.R., *Internationale und nationale Konflikte nach dem Zweiten Weltkrieg*, en "Politische Vierteljahresschrift", 1991, vol. 32, N° 1-2. pp. 266-269.

porcentaje fue de tipo interestatal; en cambio 102 fueron revolucionarias o secesionistas. En el 62% de estas guerras internas hubo participación de fuerzas extranjeras.

Las cifras de Tillema incluyen también acciones mucho menores que las de Matthies, por eso su base de datos habla de 269 conflictos para el lapso 1945-85, con 97 Estados responsables de 591 intervenciones armadas fuera de su territorio nacional. Y aquí se comprueba lo siguiente: a) Los tres interventores más asiduos fueron Estados cuya historia reciente estaba más íntimamente unida a las situaciones coloniales predominantes entre 1880 y 1945: Gran Bretaña (61 intervenciones), Francia (36) e Israel (29). Siguen luego China (25), India (20), EE.UU. (16) y URSS (8). b) Hay un proceso de cambio que le da una fisonomía propia al subperíodo entre 1965 y 1985: retrocede el activismo de las potencias tradicionales y avanza el de un grupo de 48 Estados que recién se independizaron después de la Segunda Guerra Mundial. En esta etapa fueron responsables del 51% de la intervenciones. Además de la ya mencionada India, el grupo es encabezado por Siria (15 intervenciones), Pakistán (12), Marruecos (10), Libia (8) y la República Socialista de Vietnam (8).

Las conclusiones de Pfetsch muestran ligeras variaciones en este panorama, puesto que contabiliza tanto los conflictos armados como las confrontaciones que permanecieron por debajo de ese nivel: en total 549 casos entre 1945 y 1990. Las potencias con mayor grado de participación en conflictos resultaron ser: 1) Gran Bretaña, 2) EE.UU., 3) Francia y 4) URSS. Los siguientes cuatro puestos fueron ocupados por países del Tercer Mundo: China, India, Egipto y Siria<sup>39</sup>.

La decisión y capacidad destructiva de no pocos

---

39 PFETSCH, p. 269.

actores político-militares del Tercer Mundo ha sido muy grande en las últimas décadas y no puede ser explicada como un mero efecto lateral de la confrontación Este-Oeste. EE.UU. y Rusia no deben olvidar los 1,8 millones de muertos en Indochina (1961-75) y una cifra aproximadamente cercana en Afganistán (1978-89). Pero camboyanos y vietnamitas se causaron 1 millón de víctimas entre 1975 y 77; la fracasada guerra de secesión de los biafranos en Nigeria (1967-70) costó otro millón y medio, al igual que el conflicto entre Irak e Irán (1980-88), siendo apenas algo menos sangrienta la Guerra entre India y Pakistán que produjo la independencia de Bangladesh en 1971.

El impacto que tuvieron muchas de estas guerras del tipo "4" (sumadas a otras de la variante "3") en el pensamiento político-militar se vio en la tendencia generalizada de aceptar acríticamente las exageraciones de la "teoría del dominó" y en el desarrollo de una hipótesis sobre su carácter supuestamente decisivo para la "victoria" final del Este o del Oeste. En los años 60 tanto Khrushchev como Mao-Tse-Tung resucitaron esa esperanza ya expresada por Lenin y reformulada por el Mariscal Lin Piao en párrafos que hicieron sensación en Occidente:

"Tomando el globo entero, si América del Norte Y Europa Occidental pueden ser llamadas "las ciudades del mundo", Asia, Africa y América Latina forman 'las áreas rurales del mundo.' (...) En un cierto sentido, la revolución mundial contemporánea también presenta la imagen de ciudades rodeadas por áreas rurales. En definitiva, la entera causa de la revolución mundial depende de las luchas revolucionarias de los pueblos asiáticos, africanos y latinoamericanos, los cuales constituyen la aplastante mayoría de la población de la tierra"<sup>40</sup>.

---

40 LIN PIAO, *The International Significance of Comrade Mao-Tse Tung's Theory of People's War*, Peking, 1965, reprod. en SCHURMANN, F. y SCHELL, O. (Eds.), *Communist China. China Readings 3.*, Middlesex, 1971, pp. 346-347.

**Pero hemos visto que la estructura del conflicto estratégico decisivo nunca se ajustó a esa visión. La debilidad de sus supuestos queda evidenciada en las tres conclusiones con que cerramos el presente estudio:**

**1) Una dirección unificada a nivel mundial y un "plan maestro" que coordinase todos esos conflictos bélicos jamás existieron. Hubo, eso sí, el aprovechamiento con variada fortuna de ciertas oportunidades que la contextura política y socioeconómica del Tercer Mundo ofrecía a un interventor poderoso.**

**2) Las guerras del tipo "4" han marcado terriblemente a muchas sociedades, pero ninguna de ellas podía alterar el equilibrio global del poder, equilibrio cuyos indicadores estructurales favorecieron siempre al Oeste.**

**3) Para un vuelco de la magnitud esperada por Lin Piao hubiera debido producirse una constelación de circunstancias, cuya sola enunciación muestra la escasísima probabilidad de su realización: a) una suma de victorias comunistas en todos los países más poblados y dotados de recursos de la periferia; b) el establecimiento de una asociación armónica entre estos, en conjunción con un efectivo eje Moscú-Pekín y c) la implementación, por parte de dicha formación, de un gigantesco bloqueo o sistemático corte de relaciones económicas con el Primer Mundo. En tal caso, una grave crisis de las sociedades capitalistas avanzadas podría haber sido la consecuencia... pero también una "escalada" de acciones y reacciones más aptas para desembocar en un holocausto nuclear que en una hipotética "victoria" de uno de los bandos. Lo cierto es que ninguna de las citadas precondiciones para el vuelco se produjo: Vietnam y Sierra Maestra no eran fórmulas de éxito universal, los Estados marxistas-leninistas no eran inmunes a las rivalidades debilitantes, y sus intereses materiales no podían satisfacerse con ascéticas desvinculaciones totales del mercado internacional. Si en los años 70 y 80 abundaron los pronósticos de políticos y generales occidentales que pintaban el sombrío cuadro de la posible pérdida de las fuentes de**



materia prima y el "corte" de las rutas petroleras, otros observadores ya habían advertido que en realidad se estaba produciendo una tendencia totalmente opuesta: el creciente entrelazamiento comercial y financiero de las economías socialistas más importantes (URSS, Polonia, China) con socios capitalistas. A través de este proceso, las guerras y guerrillas del tipo "4" perdían su pretendido peso en los platillos de la balanza del poder mundial.